



EGUZKILORE

(Flor protectora contra las fuerzas negativas)

Cuaderno del Instituto Vasco de Criminología.
San Sebastián, n.º 2 — 1988.

- **José Ignacio García Ramos.**
“Principales Actuaciones del Gobierno Vasco en el ámbito penitenciario” 11
- **Mario Onaindia.**
“La Criminología desde la Antropológica Vasca” 15
- **José María Gondra.**
“Criminología e Historia de la Psicología Vasca” 19
- **José Miguel Barandiaran.**
“El Juicio que han merecido algunos crímenes en nuestro entorno. El País Vasco” 33
- **M.^a Dolores Renau i Manen.**
“Hacia una nueva justicia para los menores” 37
- **Michel Veunac-Jean Charles Heraut.**
“Un ejemplo de Asociación de Asistencia Social” 41
- **Ulrich Bohner.**
“La delincuencia juvenil y el Consejo de Europa” 51
- **José Luis de la Cuesta Arzamendi.**
“Un nuevo Derecho Penal Juvenil y de Menores” 61
- **Antonio Beristain Ipiña.**
“El bienestar social ante las Reglas Mínimas de las Naciones Unidas” 71
- **A.M. Van Kalmhout.**
“Política holandesa en materia de drogas” 87
- **Tony Peters.**
“Consideraciones teóricas sobre la victimología” 107
- **José Luis de la Cuesta Arzamendi.**
“Política en materia de drogas en Europa Occidental” 135
- **Pedro Larrañaga Múgica.**
“La Indemnización a las víctimas. Sentencias dictadas en la Audiencia de Guipúzcoa el año 1986” 139
- I Promoción de Criminólogos Vascos 225
- Memoria del IVAC-KREI 235

EGUZKILORE

Número 2.
Octubre 1988
19 - 32

CRIMINOLOGIA E HISTORIA DE LA PSICOLOGIA VASCA EL EXAMEN DE INGENIOS, DE JUAN HUARTE DE SAN JUAN*

José María GONDRA

*Catedrático de Historia de la Psicología
Universidad del País Vasco
San Sebastián*

Resumen: El artículo hace una breve semblanza biográfica de Huarte de San Juan, precursor de la psicología diferencial y, a continuación, expone las ideas psicológicas más importantes del «Examen de Ingenios para las Ciencias». Para concluir, analiza las tipologías de las distintas profesiones, tal y como aparecen en la obra de Huarte.

Laburpena: Artikuluak, Huarte de San Juan, psikologia diferentzialaren aintzindaria zenaren bizitzaren berri-laburra ematen du. Segidan, "Zientzietarako jainuen Azterketa"-ri buruzko ideia psikologiko garrantzitsuenak agertuko, azkenik, zenbait lanbideren tipologiak Huarteren lanetan dauden daudenean ikertuko dituelarik.

Resumé: L'article offre une notice biographique de Huarte de San Juan, précurseur de la psychologie différentielle et, ensuite, expose les idées psychologiques les plus importantes de son oeuvre "Examen de Ingenios para las Ciencias". Pour terminer, il analyse les typologies des différents métiers tels qu'ils figurent dans l'oeuvre de Huarte.

Summary: This article contains a brief biographical sketch of Huarte de San Juan, harbinger of Differential Psychology, subsequently explains the most important psychological ideas of the "Examen de Ingenios para las Ciencias" ("Inquiry on Talents for Sciences"). Finally, it analyses types of different professions just as they appear on Huartes' work.

Palabras Clave: Criminología, Historia, Psicología, País Vasco, Huarte de San Juan.

Hitzik Garrantzizkoenak: Kriminologia, Historia, Psikologia, Euskal Herria, Huarte de San Juan.

Mots Clef: Criminologie, histoire, psychologie, Pays Basque, Huarte de San Juan.

Key Words: Criminology, History, Psychology, Basque Country, Huarte de San Juan.

* Texto transcrito de la grabación magnetofónica de la clase impartida en el IVAC-KREI, dentro del Curso de H^a. de Criminología en el País Vasco, San Sebastián, 3 de Marzo de 1987.

1. BIOGRAFIA

Es poco lo que conocemos de él. En su testamento firmó Dr. Juan de S. Juan. Sus contemporáneos lo llamaron Dr. S. Juan. La posteridad le dio el apellido latino de Huartus, Huartius, Huartis. En la portada del libro aparece con el nombre de Dr. Juan Huarte de S. Juan.

Nació alrededor de 1530 en S. Juan del Pie del Puerto, como consta en la portada de la obra y en la licencia concedida por Felipe II para la primera edición: «por cuanto por parte de vos, el Dr. Juan Huarte de S. Juan, del lugar de S. Juan del Pie del Puerto, de dicho nuestro reino de Navarra, nos ha sido fecha relación diciendo que vos habiades compuesto un libro intitulado Examen de ingenio para las ciencias...» (pág. 59)¹.

S. Juan del Pie del Puerto pertenecía a España desde 1515. Antigua capital de la sexta merindad del reino de Navarra era una importante plaza fuerte. Pero en 1530 el emperador Carlos I desmanteló el castillo y fortificaciones, y muchos ciudadanos vascos tuvieron que emigrar a España, en particular a Levante, y Andalucía. Entre ellos pudo estar la familia Huarte.

Las historias de la medicina de Chinchilla y Hernández Morejón dicen que hizo sus estudios en la Universidad de Huesca, pero no hay pruebas claras de ello. En el curso 1569-70 aparece un catedrático de medicina llamado Dr. San Juan, pero ello no prueba que hubiera estudiado allí. Iriarte dice que estudió medicina en la Universidad de Alcalá de 1553-1559, doctorándose el 31 de diciembre de 1559. Pero ello tampoco es seguro.

Los primeros documentos datan de 1572, año en que está fechada una real provisión según la cual el Dr. Juan Huarte de S. Juan era médico de la ciudad de Baeza. La provisión responde a una solicitud del Concejo, Justicia y Regimiento de Baeza para contratar los servicios profesionales del Dr. Huarte. El rey autoriza al municipio para que ratifique el contrato hecho en 1571, con el Dr. Huarte de S. Juan, hombre de «muchas letras» y de «grande habilidad».

Parece que vivió la mayor parte del tiempo en Linares, donde tenía «casa principal», como consta en su testamento.

Había contraído matrimonio con Agueda de Velasco, también de la Baja Navarra y tuvo siete hijos, tres hombres y cuatro mujeres. La mayor, Agueda, ingresó en 1587 en el convento de Santa Catalina de Baeza, a la edad de 22 años.

Huarte falleció entre el 25 de noviembre de 1588 y el 19 de febrero de 1589, en la ciudad de Baeza, en donde cayó enfermo un poco antes.

2. LA OBRA

El «Examen de Ingenios» es la única obra conocida de Huarte. Su título completo es «examen de ingenios para las ciencias, donde se muestra la di-

1.- Todas las citas están tomadas de la Edición preparada por Esteban Torres para la Editora Nacional, Madrid, 1977.

ferencia de habilidades que hay en los hombres y el género de letras que a cada uno responde en particular».

La primera edición tuvo lugar en Baeza en 1575 y fue de 1500 ejemplares. Fue reeditada muchas veces: Pamplona 1578, Bilbao 1580, Valencia 1580, Huesca 1580... y traducida a varias lenguas, algunas de ellas en vida de Huarte.

Los términos claves del libro son tres: Ingenio, Ciencia y Habilidad Natural.

El ingenio o inteligencia es muy diferente en las distintas personas y admite multitud de diferencias y grados. Por tanto las personas no son iguales en lo tocante a ingenio o inteligencia natural.

Las ciencias, los saberes, destrezas, oficios, profesiones y artes, son muy diversas, y requieren distintas habilidades naturales. Por tanto no todas las personas son aptas para todas las ciencias. A cada hombre le corresponde un solo género de artes o letras, de acuerdo con sus habilidades y sus ineptitudes.

Estas diferencias individuales son debidas a las diferencias existentes en la naturaleza humana. En definitiva, es la naturaleza la que hace al hombre hábil para una u otra ciencia, tanto en lo que respecta a su aprendizaje como a su ejercicio práctico.

El libro tenía una intención práctica: elevar el nivel de los hombres de letras del país, que en opinión de Huarte dejaba bastante que desear. Para ello eran precisas dos cosas:

a) Seleccionar a los estudiantes antes de su ingreso en la universidad de acuerdo con sus aptitudes (orientación vocacional).

b) Mejorar el nivel mental y corporal de sus conciudadanos con una sana política de uniones matrimoniales y unas buenas prácticas educativas, para que, de este modo, las nuevas generaciones fueran más aptas.

A) La primera parte del programa aparece expresada con toda claridad en el primer proemio, el que iba dirigido al Rey.

«Para que las obras de los artistas tuviesen la perfección que convenía al uso de la república, me pareció, católica real magestad, que había que establecer una ley: que el carpintero no hiciese obra tocante al oficio de labrador, ni el tejedor del arquitecto, ni el jurisperito curase, ni el médico abogase...sino que cada uno ejercitase sólo aquel arte para la cual tenía talento natural y dejase las demás. Porque considerando lo corto y limitado que es el ingenio del hombre para una cosa y no más, tuve siempre entendido que ninguno podría saber dos partes con perfección sin que en la una faltase. Y porque no errase en elegir la que a su natural estaba mejor había de haber diputados en la república, hombres de gran prudencia y saber que, en la tierna edad, descubriesen a cada uno su ingenio haciéndole estudiar por fuerza la ciencia que le convenía, y no dejarlo a su elección.» (pág. 61).

Esto era muy necesario, en opinión de Huarte, porque «por no hacer hoy día esa diligencia han destruido la cristiana religión los que no tenían ingenio para la teología y echan a perder la salud de los hombres los que son inhábiles para la medicina, y la jurisprudencia no tiene la perfección que pudiera por no saber a qué potencia racional pertenece el uso y la buena interpretación de las leyes» (pág. 62).

En el segundo proemio, el dirigido al lector, encontramos las conclusiones del libro: «La primera es que, de muchas diferencias de ingenio que hay en la especie humana, sólo una te puede con eminencia haber.. La segunda, que, a cada diferencia de ingenios le responde, en eminencia, sólo una ciencia y no más. La tercera, que después de haber entendido cuál es la ciencia que a tu ingenio más le responde, te queda otra dificultad mayor por averiguar, y es si tu habilidad es más acomodada a la práctica que a la teórica» (pág. 65).

B) En lo tocante a lo segundo, es decir al arte de engendrar varones más inteligentes, hay en el último capítulo del libro una interesante serie de consejos sobre el matrimonio, el clima, los alimentos y la educación que han de proporcionarse a los niños. Se trata de un curioso capítulo, precursor de la moderna ciencia eugénica, que es considerado por su autor como uno de los más importantes del libro.

Clases de ingenios

Si le quitamos este último capítulo, la obra se divide en dos grandes secciones, una teórica y otra más práctica. La sección teórica contiene un interesante análisis cuantitativo y cualitativo de la inteligencia humana. Según Huarte, hay tres grados de habilidad y tres diferencias de memoria, entendimiento e imaginativa.

Las dos primeras, la memoria y el entendimiento no necesitan explicación. La tercera, en cambio era original y se apartaba de la concepción tradicional que, en su lugar, ponía a la voluntad. La imaginativa aparecía muy claramente en los poetas y consistía en una especie de capacidad para encontrar formas o figuras buenas y novedosas.

Los niveles intelectuales eran también tres. De modo que cada uno de estos tres tipos de inteligencia admitía tres grados de habilidad:

Al *PRIMER* grado pertenecían los que sólo pueden comprender cuestiones claras y fáciles. «En este grado están todos los ruines letrados de cualquier facultad; los cuales, consultados en las cosas fáciles de su arte, dicen todo lo que se puede entender, pero venidos a lo muy delicado, dicen mil disparates» (pág. 130).

Al *SEGUNDO*, aquellos que llegan a dominar todas las reglas y consideraciones del arte, claras, oscuras, fáciles y dificultosas, pero que han de recibir todo hecho y bien mascado. Necesitan oír la ciencia de buenos maestros y tener muchos libros y estudiar.

Al *TERCERO*, los capaces de aprender por sí solos, sin necesidad de maestro alguno. Son los ingenios «inventivos, que llaman en lengua toscana *caprichosos* por la semejanza que tienen con la cabra en el andar y pacer; ésta jamás huelga por lo llano: siempre es amiga de andar a sus solas por los riscos y alturas, y asomarse a grandes profundidades» (pág. 131). Por el contrario, los que no alcanzan este nivel de inteligencia «son ingenios oviles, pues tienen la propiedad de la oveja, la cual nunca sale de las pisadas del manso ni se atreve a caminar por lugares desiertos y sin carril, sino por veredas, muy holladas y que alguno vaya delante.» (pág. 132).

Sólo a estos últimos se les debería permitir escribir libros, porque son ellos los únicos capaces de inventar. «A los demás, que carecen de invención no había

de consentir la república que escribiesen libros, ni dejárselos imprimir; porque no hacen más de dar círculos en los dichos y sentencias de los autores graves y tornarlos a repetir; y hurtando uno de aquí y tomando otro de allí, ya no hay quien componga una obra» (pág. 131).

Los tres tipos de ingenio o inteligencia, es decir, memoria, imaginativa y entendimiento (potencias racionales) daban origen a tres clases de individuos: memoriosos, imaginativos y sabios o intelectivos. Cada uno de estos tipos sólo podía triunfar en un saber específico, siendo una calamidad en los restantes.

Esta idea fundamental procede de una temprana experiencia de Huarte, grabada firmemente en su memoria:

«Viene la experiencia con esto tan clara que vemos entrar en un curso de cualquier ciencia gran número de discípulos —siendo el maestro o muy bueno o muy ruin— y en fin de la jornada unos salen de grande erudición, otros de mediana, otros que no han hecho más, en todo el curso, de perder el tiempo, gastar su hacienda y quebrarse la cabeza sin provecho ninguno. Yo no sé de dónde pueda nacer este efecto oyendo todos a uno mismo maestro, y con igual diligencia y cuidado, y por ventura los rudos trabajando más que los hábiles. Y crece más la dificultad viendo que los que son rudos en una ciencia tienen en otra mucha habilidad, y los muy ingeniosos en un género de letras, pasados a otras no las pueden comprender.

Yo a lo menos soy buen testigo de esta verdad. Porque entramos tres compañeros a estudiar juntos latín, y uno aprendió con gran facilidad, y los demás jamás pudieron componer una oración elegante. Pero pasados todos tres a dialéctica, el uno de los que no pudieron aprender gramática salió en las artes un águila caudal, y los otros dos no hablaron palabra en todo el curso. Y, venidos todos tres a oír astrología, fue cosa digna de considerar que el que no pudo aprender latín ni dialéctica, en pocos días supo más que el propio maestro que nos enseñaba y a los demás jamás nos pudo entrar. De donde espantado comencé luego sobre ello a discurrir y filosofar, y hallé por mi cuenta que cada ciencia pedía su ingenio determinado y particular y que sacado de allí no valía nada para las demás letras. Y si esto es verdad, como lo es, y de ello adelante haremos demostración ¡Oh quién entrara hoy día en las escuelas de nuestros tiempos haciendo cala y cata de los ingenios! ¡A cuántos trocara las ciencias y a cuantos echara al campo por estóldos e imposibilitados para saber! ¡Y cuántos restituyera de los que, por no tener fortuna están en viles artes arrinconados, cuyos ingenios crió naturaleza sólo para las letras! Mas pues no se puede hacer ni remediar, no hay sino pasar con ello» (pp 72-73).

Por consiguiente, era preciso diagnosticar la inteligencia en una época anterior a la de los estudios, a fin de ver cuál era la ciencia más acorde con las aptitudes del niño. Y, una vez hecho esto, poner unas condiciones óptimas para el cultivo de la misma. Según Huarte, los estudios debían ser comenzados en la primera edad, porque era entonces cuando era más maleable la memoria, dado que la mente no estaba ocupada por otros contenidos.

En la segunda edad, es decir, en la adolescencia, había que enseñarles el arte de raciocinar, porque entonces comenzaba a despuntar el entendimiento. La juventud era óptima para el aprendizaje de todas las demás ciencias pertenecientes al entendimiento.

El lugar idóneo para realizar los estudios era la universidad, y no la familia. Por esta razón, Huarte era partidario de que los estudiantes estudiaran en una universidad distinta de la de su ciudad natal, a fin de que no fueran estorbados por sus parientes, desconocedores del arte por ellos estudiado. «Esto se ve claramente en los estudiantes naturales de las villas y lugares donde hay universidades; ninguno de los cuales si no es por gran maravilla, jamás sale letrado... ..Esto de salir el hombre de su natural para ser valeroso y sabio es de tanta importancia que ningún maestro hay en el mundo que tanto le pueda enseñar, especialmente viéndose muchas veces desamparado del favor y regalo de su patria.» (pág. 75).

Además era preciso un buen maestro, estudiar con ciencia y orden comenzado por los principios y dedicar mucho tiempo al estudio a fin de que la ciencia eche profundas raíces.

3. FUNDAMENTOS TEORICOS

Huarte basó estas ideas en la teoría humoral de la personalidad y de la enfermedad, que hunde sus raíces en la medicina clásica de Hipócrates y Galeno. Su pensamiento era organicista, es decir estaba convencido de la íntima relación existente entre el alma y el cuerpo.

Las capacidades naturales dimanaban de la constitución del cerebro, es decir, de su naturaleza, que no era otra cosa sino «el temperamento de las cuatro calidades primeras», o lo que es lo mismo, la mezcla de el CALOR, LA FRIALDAD, LA HUMEDAD Y LA SEQUEDAD.

En virtud de una dinámica combinatoria de oposiciones binarias, estas calidades se organizan y se mezclan de dos en dos: «calor y humedad», «calor y sequedad», «frialidad y sequedad» y «frialidad y humedad», dando origen a los cuatro elementos (aire, fuego, tierra y agua), a los cuatro humores (sangre, cólera, melancolía y flema); y, en definitiva, a todos los seres animados e inanimados del mundo visible.

Los distintos temperamentos, es decir, las temperancias o temperaturas de las cosas —La naturaleza— dependían de cómo fuera la mezcla de las cualidades primarias y cuál de ellas dominara. Y esto mismo ocurría con las diferencias de ingenio o potencias intelectuales.

El ser humano poseía unas POTENCIAS O FACULTADES, encargadas de realizar sus diversas funciones o actos. Las encargadas de posibilitar el conocimiento racional eran las potencias racionales (imaginativa, memoria y entendimiento). Estas potencias eran orgánicas, es decir, dependían de un órgano, y tenían una base material, el cerebro. Ahora bien, si en la constitución del cerebro predominaba el calor, entonces la persona tendría mucha imaginativa. Si la potencia dominante era la humedad, entonces descollaría la memoria. Y finalmente, predominio de la sequedad favorecería al entendimiento.

Los argumentos eran puramente especulativos. Por ejemplo, la relación entre humedad y memoria se basaba en un hecho de observación, a saber, la prodigiosa memoria de los niños, que por otra parte, tenían un cerebro muy húmedo.

La imaginativa dependía del calor, «porque ya ni hay otra potencia racional

en el cerebro ni otra calidad que le dar. Aliende que las ciencias que pertenecen a la imaginativa son las que dicen los delirantes en la enfermedad,... y siendo la frenesía, manía y melancolía pasiones calientes del cerebro es grande argumento para probar que la imaginativa consistente en calor.» (pág. 128).

Juan Huarte de San Juan creía en el alma espiritual. Pero como todas las almas eran de igual perfección y las diferencias de ingenio eran tan notorias, éstas eran debidas a la constitución material o naturaleza del cerebro. Esta concepción, avanzada para su época, suscitó muchas reservas en los círculos más tradicionales. Era una novedad que propiciaba y ponía las bases del estudio científico de la personalidad y de la inteligencia.

Huarte intentó demostrar estas afirmaciones con pruebas basadas en la observación de los hechos de la vida cotidiana. Por ejemplo, las prácticas de los filósofos morales, enemigos, por otra parte de su teoría. Imaginemos que acude a ellos una persona muy lujuriosa. Como primera medida, le afearán su vicio. Luego le mandarán toda una serie de prácticas ascéticas, tales como, ayunar, rezar, dormir vestido y acostado sobre el suelo, darse disciplinas, apartarse de las mujeres y dedicarse a obras pías. Ello hará que el sujeto se ponga flaco y amarillo, sienta dolor y pena por sus pecados. Para Huarte, esos remedios rebajan el calor del cuerpo e incrementan la frialdad, y por esa razón, el sujeto es restituido a la virtud.

El instrumento principal instituido por la naturaleza para que el hombre sea sabio y prudente es el cerebro. Huarte incluso se atreve a especificar las señales que indican la bondad del cerebro y a indicar con unos ejemplos muy gráficos que hoy en día nos llaman la atención, los efectos del cerebro sobre la psique humana. Con respecto a lo primero, es decir, a los signos externos indicativos de una buena disposición cerebral menciona las siguientes:

1. Buena compostura o figura, de modo que frente y cogote salgan un poco y no estén totalmente planos.
2. Cantidad suficiente, ya que, de lo contrario, no tendrá sesos.
3. Cuatro ventrículos distintos y apartados.
4. Adecuada capacidad, es decir, continuidad de sus partes, estar bien templado con moderado calor, sin que las demás calidades sean excesivas. Además debe tener la sustancia o compostura de partes sutiles y muy delicadas.

En lo que respecta a lo segundo, es decir, a la influencia del cerebro sobre el alma humana, Huarte señala con su gracejo habitual los efectos de la enfermedad sobre el tempero cerebral: labradores rústicos que, estando frenéticos, hacen «razonamientos con tantos lugares retóricos, tanta elegancia y policia de vocablos como Cicerón lo podía hacer delante del senado» (pág. 107); personas torpes que con el calor de la enfermedad agudizan el ingenio etc. Incluso era posible que hablaran lenguas extrañas o adivinaran el porvenir.

«Todo esto no es mucho que lo reciban los filósofos y crean que pudo ser así. Pero ¿si yo les afirmase ahora por historias muy verdaderas que algunos hombres ignorantes, padeciendo esta enfermedad hablaron en latín sin haberlo aprendido? ¿Y de una mujer frenética que decía a cada persona de los que la entraban a visitar sus virtudes y vicios, y algunas veces acertaba con más certidumbre que suelen los que hablan por conjeturas y por indicios y por esto ninguno la osaba ya a entrar a ver, temiendo las verdades que decía?» (pág. 109).

Tan grande era la influencia del temperamento, que, en caso de poseer la mezcla adecuada, el sujeto podía llegar a aprender sin ser enseñado:

«Tiene tanta fuerza el temperamento de las cuatro calidades primeras —a quien atrás llamamos naturaleza— para que las plantas, los brutos animales y el hombre acierten a hacer cada cual las obras que son propias de su especie, que si llega a estar en el punto perfecto que se puede tener, repentinamente y sin que nadie les enseñe, saben las plantas formar raíces en la tierra y por ellas traer el alimento, retenerle, cocerle y expeler los excrementos y los brutos conocen luego en naciendo lo que es conveniente a su naturaleza y huyen de lo que es malo y nocivo. Y lo que más viene a espantar a los que no saben filosofía natural es que el hombre, teniendo el cerebro bien templado y con la disposición que alguna ciencia ha menester, repentinamente y sin jamas haberla aprendido, nadie dice y habla en ella cosas tan delicadas que no se puede creer» (pág. 99).

Pero este organicismo no le hizo olvidar a Huarte la importancia de la experiencia y de la educación. Por eso, reconoció que además de las habilidades naturales, había que tener en cuenta las habilidades adquiridas en función de la experiencia y del aprendizaje. Huarte no olvidó el papel de la educación. Las relaciones familiares, el clima y la alimentación eran importantes para cultivar el ingenio.

4. LOS INGENIOS REQUERIDOS POR LAS DIVERSAS PROFESIONES

1. Generalidades

En el capítulo octavo del libro, Huarte asignó cada diferencia de ingenio la ciencia correspondiente, iniciando así la parte aplicada del libro.

Con MEMORIA podían aprenderse la Gramática, el latín, las lenguas, la teoría de la jurisprudencia, la teología positiva, la cosmografía y la aritmética.

Con ENTENDIMIENTO, la teología escolástica, la medicina teórica, la dialéctica, la filosofía natural y moral, y la abogacía o práctica de la jurisprudencia.

Con IMAGINATIVA, podían aprenderse todas las artes y ciencias que consistían en figura, correspondencia, armonía y perfección. Por ejemplo, la poesía, elocuencia, música, predicación, práctica de la medicina, matemática, astrología, gobierno de una república, arte militar, pintar, trazar, escribir y leer, etc.

Para justificar esta clasificación de las profesiones, Huarte recurrió a su condición de hombre observador y crítico. Por ejemplo, demostró la relación existente entre las lenguas y la memoria, en función al origen del lenguaje. Las lenguas fueron inventadas para que los hombres se comunicaran y explicaran los conceptos. Para ello, fingieron los vocablos y les dieron un significado arbitrario. «Resultó de allí tanto número de ellos y tantas maneras de hablar tan sin cuenta ni razón, que si no es teniendo el hombre buena memoria, con ninguna otra potencia es imposible poderse comprender» (pág. 165).

La incompatibilidad existente entre memoria y entendimiento se basaba en pruebas anecdóticas, tales como la facilidad de los niños, carentes de entendimiento, para el aprendizaje de las lenguas, la imposibilidad de sacar un idioma con sólo la razón y sin oírlo de otras personas etc. Pero la prueba que más fuerza le hizo a Huarte

es la de que es imposible ser buen teólogo escolástico y al mismo tiempo hablar bien en latín:

«El que no concluyere con esta razón, lea a Santo Tomás, Escoto, Durando y Cayetano, que son la prima de esta facultad; y hallará grandes delicadezas en sus obras, dichas y escritas en muy llano y común latín. Y no fue otra la causa sino que estos graves autores tuvieron desde niños muy flaca memoria para aventajarse en la lengua latina; pero venidos a la dialéctica, metafísica y teología escolástica, alcanzaron todo lo que vemos por tener grande entendimiento» (pág 167).

Y, además, cuenta el caso de un profesor de teología amigo suyo que en vista de lo desastrado de su latín, tomó en secreto unas lecciones sobre dicha lengua, y no sólo no aprendió nada nuevo, sino que además perdió el poco que tenía y a partir de entonces tuvo que dar las clases en romance. O, el de uno de los teólogos más famosos del Concilio de Trento que, llamado por el Papa Pío IV, no pudo decir una palabra en latín.

También la imaginativa se lleva muy mal con el entendimiento y es incompatible con él, porque, como enseña la experiencia, si uno sobresale y destaca en esa facultad, «se puede despedir de todas las ciencias que pertenecen al entendimiento» (pág. 168).

En efecto, todas las personas imaginativas adolecen de falta de entendimiento. Por ejemplo, pocos hombres de buen entendimiento pueden ser al mismo tiempo buenos escribanos.

«Especialmente conocí un teólogo escolástico que, corrido de ver cuán mala letra hacía, no osaba escribir cartas a nadie ni responder a las que le enviaban, hasta que determinó traer secretamente a su casa un maestro que le enseñase alguna forma razonable con que pudiese pasar. Y trabajando muchos días en ello, fue tiempo tan perdido que ninguna cosa aprovechó; y así, de aborrecido lo dejó, espantado el maestro que le enseñaba de ver un hombre tan docto en su facultad y tan inhábil para escribir. Pero yo, que sé muy cierto que el escribir muy bien es obra de la imaginativa, lo tuve por efecto natural». (170-171).

Lo mismo podría decirse el arte de leer bien, y de la habilidad para los juegos de cartas, y para el ajedrez, también pertenecientes a la imaginativa. Todos ellos son incompatibles con el buen entendimiento. «La cual doctrina, si alcanzara un teólogo escolástico doctísimo que yo conocí, cayera en la cuenta de una cosa que dudaba. Este jugaba con un criado suyo muchas veces; y, perdiendo, le decía corrido: «¿Qué es esto fulano que ni sabéis latín ni dialéctica ni teología, aunque lo habéis estudiado y me ganáis vos a mí estando lleno de Escoto y Santo Tomás?» (172).

La imaginativa se manifiesta también en otro rasgo de personalidad, a saber, el orden y aseo: «Los estudiantes que tienen los libros compuestos, el aposento bien aderezado y barrido, cada cosa en su lugar y en su clavo colgada, tienen cierta diferencia de imaginativa muy contraria al entendimiento y memoria. El mismo ingenio alcanzan los hombres polidos, bien aseados, y andan a buscar los pelillos de la ropa y se ofenden con las rugas del vestido. Esto nace de la imaginativa. Porque un hombre desaliñado, cuando se enamora se hace poeta y aseado y limpio. Porque el amor calienta y deseca el cerebro, que son las cualidades que avivan la imaginativa» (172).

Por último, los graciosos y bromistas, muy imaginativos, son poco aptos para las letras porque carecen de entendimiento y memoria. Son aptos para servir en palacio, para procuradores de causas, mercaderes y tratantes, etc. Lo mismo podría decirse de los muchachos con buena voz y que «gorjean mucho de garganta»; son muy ineptos para las ciencias, por ser fríos y húmedos.

Este repaso general concluye con una serie de cuestiones en las que pueden entverse las preferencias de su autor en lo tocante a las distintas etnias. Huarte de San Juan explica el por qué de la mayor arrogancia y presunción de los grandes latinistas, en comparación con los doctos, diciendo que la arrogancia es el signo principal de la falta de entendimiento, y la humildad de sabiduría.

En segundo lugar reconoce que los españoles son peores latinos que los septentrionales: franceses italianos y alemanes, porque tienen más entendimiento y menos imaginativa y memoria. Esta doctrina se apoya en un dicho de Galeno, a saber, que los que viven bajo el septentrión son faltos de entendimiento, mientras los situados en un área geográfica más próxima al trópico son prudentísimos.

Eso mismo dice Aristóteles cuando se pregunta por qué los que habitan en tierras muy frías son de menos entendimiento que los que nacen en las más calientes. Y según Huarte ésa es la razón por la que los flamencos, alemanes, ingleses y franceses no pueden inquirir ni saber la naturaleza de las cosas. Ello es debido a «la mucha humedad que tienen en el cerebro y en las demás partes del cuerpo, y así lo demuestra la blancura del rostro y el color dorado del cabello, y que por maravilla se halla un alemán que sea calvo; y con esto, todos son crecidos y de larga estatura, por la mucha humedad que hace dilatables las carnes. Todo lo cual se halla al revés que los españoles: son un poco morenos, de cabello negro, medianos de cuerpo y los más los vemos calvos; la cual disposición dice Galeno que nace de estar caliente y seco el cerebro. Y si esto es verdad, forzosamente han de tener ruin memoria y grande entendimiento» (pág. 175).

A pesar de ello, Huarte reconoce que las cosas dichas en latín suenan mejor y son más elegantes, dado que esta lengua es la más racional de todas las inventadas por los hombres. Y admite que los de gran entendimiento pueden leer el latín porque no carecen totalmente de memoria.

2. Profesiones específicas

El estudio de las principales profesiones hecho por Huarte es interesante por la cantidad de agudas e ingeniosas observaciones sobre la sociedad de la época, y también por la crítica social que en ellas se observa. Como es imposible tratar de todas ellas, dada la premura del tiempo recogeremos en unas pocas pinceladas los trazos principales de las más importantes y los signos externos propuestos por Huarte para la selección de los ingenios.

a) Teología escolástica y Predicación.

Huarte tenía una alta estima de los teólogos escolásticos y consideró a la teología como una ciencia que requería mucho entendimiento. En cambio, los predicadores le caían menos simpáticos, juzgar por lo que dice de ellos. La elocuencia dependía de la imaginativa y estaba reñida con el entendimiento. Por ello, los predi-

cadore, eran un peligro público cuando sentaban cátedra e intentaban dirigir al pueblo cristiano. «Y siendo esto así, es cosa muy peligrosa que tenga el predicador oficio y autoridad para enseñar al pueblo cristiano la verdad, y el auditorio obligación de creerlo, y que le falte la potencia con que se saben de raíz las verdades. Podremos decirles similar a lo que dijo Jesucristo, dejadlos, son ciegos y guías de ciegos. ..Es cosa intolerable ver con cuánta osadía se ponen a predicar los que no saben palabra de teología escolástica, ni tienen habilidad natural para poderla aprender...Aliende de esto, hemos probado que los que tienen mucha imaginativa son coléricos, astutos, malinos y cavilosos; los cuales están siempre inclinados a mal y sábenlo hacer con mucha maña y prudencia... Los que tienen fuerte imaginativa son de temperamento muy caliente, y de esta calidad nacen tres vicios del hombre: soberbia, gula y lujuria...» (pp. 198-200).

Los mejores candidatos para esta profesión eran los siguientes:

1. Las raras personas que juntan gran entendimiento con mucha imaginativa y memoria. No hay más que uno entre mil.

2. Los melancólicos por adustión, es decir, por combustión. Son personas que juntan mucho entendimiento con mucha imaginativa pero carecen de memoria. Presentan los siguientes rasgos externos:

«Tienen el color del rostro verdinegro, cenizoso, los ojos muy encendidos (por los cuales se dijo: 'es el hombre que tiene sangre en el ojo') el cabello negro y calvos; las carnes pocas, ásperas y llenas de vello; son de muy poca conversación y afables; pero lujuriosos, soberbios, altivos, renegadores, astutos, doblados, injuriosos...» (pág 205).

3. Los de mucho entendimiento, pero de poca memoria e imaginativa. Aunque no sean buenos predicadores, sin embargo poseen buena doctrina e iluminan al pueblo.

4. Los faltos de entendimiento pero dotados de una gran imaginativa y memoria. Son personas que llevan de calle al auditorio con sus muchas imágenes y ejemplos. Pero, sin embargo, terminan en la inquisición por su mala doctrina.

b) Teóricos del Derecho, jueces y abogados.

Los teóricos de la abogacía sólo necesitan estar dotados de una buena memoria, ya que su función se limita a construir el sentido de la ley sin apartarse un ápice de ella. Para lo cual es menester recordar muy bien todas las leyes.

La práctica del derecho, tanto en la abogacía como en la judicatura, requieren mucho entendimiento para encontrar argumentos para la defensa, razonar las sentencias etc.

Con vistas a la selección de estos talentos, es preciso un estudio muy detenido del entendimiento de las personas, ya que esta potencia es muy propensa al engaño, como lo demuestran la variedad de opiniones existentes.

En el campo de las leyes no hay un criterio claro para verificar el razonamiento, como ocurre en otras profesiones, tales por ejemplo, como la medicina y la milicia. En ellas, los resultados son la piedra de toque. En leyes no ocurre esto, ya que hay miles de opiniones en los pleitos no es fácil saber quién tiene razón. La sentencia de los tribunales no es un criterio absoluto de éxito, ya que puede ser revocada por una instancia superior.

Por todo ello, es preciso elegir hombres de gran entendimiento, cuyos razonamientos y argumentos sean tan ciertos como la misma experiencia.

Los signos externos son los siguientes:

1. No son aptos los muchachos con mucha memoria que aprenden muy pronto las letras en la escuela.

2. Tampoco los muchachos que escriben muy pronto y bien. «El muchacho que en pocos días asentare la mano e hiciere los renglones directos y letra pareja y con buena forma y figura ya es mal indicio para el entendimiento.» (pág. 225). La razón es bien clara: la imaginativa está reñida con el entendimiento.

3. Quedan también descartados los buenos gramáticos y latinistas, es decir los que aprenden muy pronto estas artes tan dependientes de la memoria.

4. La piedra de toque es la dialéctica. «Y así es cierto que si en un mes o dos no comienza el que oye artes a discurrir ni dificultar, ni se le ofrecen argumentos y respuestas en la materia que se trata, no tiene entendimiento. Pero si en esta ciencia aprobare bien, es argumento infalible de tener el entendimiento que requieren las leyes.» (pág. 226).

Para los muchachos que van mal en latín y dialéctica, pero tienen mucha imaginativa, queda un último recurso, la cátedra de derecho: «porque en esto hay un secreto muy grande y es bien que la República lo sepa. Y es que hay letrados que, puestos en la Cátedra, hacen maravillas en la interpretación del derecho y otros en la abogacía; y poniéndoles una vara en la mano, no tienen más habilidad para gobernar que si las leyes no se hubieran hecho aquel propósito. Y por el contrario, hay otros que con tres leyes mal sabidas que aprendieron en Salamanca, puestos en una gobernación no hay más que desear en el mucho...la razón es que el gobernar pertenece a la imaginación y no al entendimiento o la memoria.» (pág. 226).

c) Médicos.

También en esta profesión hay grandes diferencias entre la teoría y la práctica de la medicina. Y así existen teóricos incapaces de curar a los enfermos, como uno descrito por Huarte con las siguientes palabras: «En el tiempo que la medicina de los árabes floreció, hubo en ella un médico grandemente afamado así en leer como en escribir, argumentar, distinguir, responder y concluir; del cual se tenía entendido —atento a su gran habilidad— que había de resucitar a los muertos y sanar cualquier enfermedad. Y acontecía tan al revés que no tomaba enfermo en las manos que no lo echase a perder; de lo cual corrido y afrentado, se vino a meter fraile, quejándose de su mala fortuna y no entendiendo la razón y causa de donde podía nacer» (pág. 228).

El buen médico necesita dos cualidades difíciles de conciliar. Por una parte tiene que saber los preceptos y normas generales para curar, y por otra ha de tener mucha experiencia práctica y ojo clínico para detectar la enfermedad. Lo primero, el conocimiento de la teoría, requiere mucho entendimiento y bastante memoria, dado que parte de la medicina consiste en razón y parte en experiencia e historia. Lo segundo, el conocimiento de lo singular, exige mucha imaginativa, dado que esta potencia está íntimamente vinculada a los sentidos externos, imprescindibles para un buen diagnóstico.

La práctica de la medicina requiere un tipo de imaginativa, la *solercia*, consistente en la habilidad para discernir con la mera visión, audición, olfato y tacto, aquellas señales que permiten diagnosticar la enfermedad y pronosticar su curso.

Dicho con palabras del mismo Huarte: «Es gracia que nace de una fecundidad de la imaginativa que por otro nombre se llama solercia, la cual con señales comunes, inciertas y conjeturales y de poca firmeza, en cerrar y abrir el ojo, alcanzan mil diferencias de cosas, en las cuales consiste la fuerza de curar y pronosticar con certidumbre» (pág. 234).

La solercia requiere un grado de calor inferior a la imaginativa de los poetas. «Convida al hombre a ser hechicero, supersticioso, mago, quiromántico, adivinador; porque las enfermedades de los hombres son tan ocultas y nacen sus movimientos con tanto secreto, que es menester andar siempre adivinando lo que es» (pág. 236).

Huarte es muy parco a la hora de señalar los criterios para seleccionar a estos profesionales, probablemente porque no abundaban mucho en nuestros lares, ni tampoco en el norte de Europa. Porque, en su opinión «Sólo en Egipto es la región que engendra en sus moradores esta diferencia imaginativa. Y así los historiadores nunca acaban de contar cuán hechiceros son los gitanos» (pág. 237).

También los judíos, que vivieron muchos años en el destierro de Egipto y después comieron y bebieron las aguas y manjares apropiados, están muy bien dotados para la práctica de la medicina.

d) Arte Militar.

Aunque no se trata de una profesión intelectual, Huarte justifica su inclusión en virtud de su importancia para la república. «Verdad es que averiguar esto no responde al intento que llevamos, que es elegir los ingenios que piden las letras. Pero es la guerra tan peligrosa y de tan alto consejo, y tan necesario al Rey saber a quién ha de confiar su potencia y estado que no haremos menos servicio a la República en señalar esta diferencia de ingenio y sus señales» (pág. 254).

La cualidad más importante para la milicia es la astucia —milicia y malicia son casi sinónimos— para captar los engaños del enemigo, por un lado, y para tenderle trampas y engaños por otro. Esta habilidad también pertenece a la imaginativa, por lo que quedan fuera de esta profesión las personas de mucho entendimiento. «porque —como dice Huarte— esta potencia es muy tarda en su obra y amiga de rectitud, llaneza, de simplicidad y misericordia. Y fuera de esto, no saben de astucias ni ardidés, ni entienden cómo se puede hacer..» (pág. 257).

Los militares necesitan un grado de calor superior al del médico práctico, ya que tienen que quemar la cólera. De ahí que los capitanes astutos no sean alocados, y no intenten dar directamente la batalla.

Los principales signos de aptitud para esta profesión son los siguientes:

1. No ser muy valientes, ya que, por lo general, esto es incompatible con la prudencia.
2. Ser duros y ásperos, no de blanda condición. Porque saben que todo error puede resultar fatal.

3. Son desaliñados en su manera de vestir y cuidarse. «Son casi todos desaliñados, sucios, las calzas caídas, la capa mal puesta, amigos del sayo viejo y de nunca mudar el vestido» (pp. 263-). Esta afirmación se basa en el ejemplo de los grandes militares, tales como Viriato, Julio César, Aníbal etc.

4. Son calvos. «La cuarta señal es tener la cabeza calva, y está la razón muy clara. Porque esta diferencia de imaginación reside en la parte delantera de la cabeza, como todas las demás; y el demasiado calor quema el cuerpo de la cabeza y cierra los caminos por donde han de pasar los cabellos; aliende que la materia de que se engendraron, dicen los médicos, que son los excrementos que hace el cerebro al tiempo de su nutrición, y con el gran fuego que allí hay todos se gastan y consumen, y así falta materia de quien poderse engendrar» (pág. 265).

5. Son parcos y de muy pocas palabras, porque al tener un cerebro seco y duro, tienen poca memoria.

6. Son honestos y se ofenden mucho con las palabras groseras y torpes, porque hieren a su imaginativa. Además, los buenos capitanes, al unir entendimiento e imaginativa, son muy honestos, como fue el caso de César, que antes de morir asesinado, tuvo tiempo para cubrir recatadamente ciertas partes de su cuerpo.

7. Son dichosos y muy afortunados, o lo que es lo mismo, tienen mucha suerte, porque para eso son prudentes y poco arriesgados. «Por tener Julio César tanta prudencia en lo que ordenaba era el más bien afortunado de cuantos capitanes ha habido en el mundo, en tanto que en los grandes peligros animaba a sus soldados diciendo: 'no temáis, que con vosotros va la buena fortuna del César'» (pág. 266).

Estos afortunados son «callados, tardos en hablar, pesados en responder, no polidos ni con ornamentos de palabras, y dentro de sí tienen ocultada una potencia natural tocante a la imaginativa, con la cual conocen el tiempo, la ocasión de lo que han de hacer, el camino por donde lo han de guiar, sin comunicarlo con nadie ni darlo a entender. A estos llama el vulgo dichosos y bien afortunados, pareciéndole que con poco saber y prudencia se les viene todo a mano» (pág. 269).

5. CONCLUSION

Creemos que estas últimas palabras pueden acercarnos algo al ideal humano de Huarte de San Juan. Para Huarte la prudencia y el entendimiento estaban por encima de todas las demás cualidades humanas. Al mismo tiempo reflejan algunas de las características comúnmente atribuidas a los euskaldunes, a saber su poca afición a la retórica y su prudencia.

Aunque escrito en castellano, «El examen de Ingenios» es la obra de un vasco, crítico y observador, profundamente alarmado por el declive intelectual de su país. Como hombre de ciencia, Huarte creía que la solución radicaba en un uso más racional de los ingenios humanos. Su programa de orientación vocacional, que respondía al deseo de una más justa distribución de los talentos para bien del individuo y de la sociedad, no tuvo eco entre sus contemporáneos. Pero, sin embargo, su libro gozó de una gran acogida popular y ha sido reconocido como una de las grandes obras de la literatura psicológica anterior a la psicología científica.